
INTRODUCCIÓN

[...] la melancolía es un regalo temible.
¿Qué ha de ser sino el telescopio de la verdad?
GEORGE GORDON, LORD BYRON

Los nuestros son tiempos siniestros. Cada mirada nerviosa presagia un posible desastre. Casi todas las mañanas la paranoia nos sacude y nos alerta, y nos tambaleamos bajo el sol espectral. De noche, el miedo acecha en la oscuridad. Sueños de calles vacías se filtran de vez en cuando en nuestra cabeza. Resistiendo estos augurios, vagos y esquivos como el horror oscuro que sugieren, nos esforzamos por definir con exactitud qué nos amedrenta. Nuestra mente repasa una temible letanía de problemas globales. Y esperamos con nuestra enumeración encontrar un sentido, una pista al porqué de nuestro desasosiego.

Examinamos la escena mentalmente. Estamos a punto de acabar con la capa de ozono. En este momento, mientras escribo, su erosión provoca el deshielo de los casquetes polares. Es posible que dentro de algunas décadas tengamos que enfrentarnos a grandes inundaciones oceánicas. Incluso nuestros grandes rascacielos, que tanto ansían tocar las alturas, podrían ser pronto devorados por las indiferentes olas. También estamos cerca de aniquilar cientos de animales

exquisitos. Esas bestias —rinocerontes blancos, tigres de Sumatra, cóndores de California— llevan millones de años vibrando sobre el planeta. En menos de lo que dura una vida humana, nuestra falta de consideración por la naturaleza prácticamente ha puesto a esas criaturas al borde de la extinción. Muy pronto, nuestros bosques se quedarán sin sus vistosos torsos, sin sus alas exóticas. Las arboledas palpitantes de antaño se volverán insípidas como el asfalto. Además, nos encontramos al borde de una nueva guerra fría. Antes de no mucho, las cabezas nucleares volverán a alzarse. Los miedos de mediados del siglo pasado volverán. Nos preguntaremos: ¿será éste el último año en el que los seres humanos respiremos y caminemos sobre esta tierra esclava del tiempo?

Y puedo añadir otra amenaza, acaso tan peligrosa como la más apocalíptica de nuestras preocupaciones. Es posible que no estemos lejos de acabar con la gran fuerza cultural que desde lo más profundo impulsa la invención, con la musa que ha inspirado una gran parte de las bellas artes, de la poesía y de la música. Deseamos, con el más disoluto y lascivo de los ánimos, librar al mundo de muchas ideas y visiones, de múltiples innovaciones y reflexiones. Estamos, en este preciso momento, ahora, mientras escribo, aniquilando la melancolía.

Nos preguntamos si la amplia oferta de antidepresivos conseguirá dulcificar algún día la congoja que nos inspira una parte de nuestro pasado. Nos preguntamos si muy pronto todos y cada uno de los estadounidenses seremos felices. Nos preguntamos si acabaremos por convertirnos en una sociedad de

personas satisfechas. Expresiones dulzarronas iluminarán nuestros semblantes cuando avancemos alegremente por los pasillos de color rosa. Una luz de neón deslumbrante indicará nuestro camino.

¿A qué viene ese anhelo de expurgar la tristeza de nuestras vidas, especialmente en Estados Unidos, la tierra de los sueños esplendorosos y del éxito arrollador? ¿Por qué desean con tanta fruición la mayoría de los estadounidenses que les rebanen y tiren como si fuera basura una parte tan esencial de sus corazones? ¿Qué podemos hacer con esa obsesión tan estadounidense por la felicidad, obsesión que podría conducir a la extinción súbita del impulso creativo, que podría saldarse con un exterminio tan horrible como el que anticipan el calentamiento global, la crisis del medio ambiente y la proliferación de armas nucleares? ¿Qué impulsa ese furor por la complacencia, por la sonrisa inocua? ¿Qué alimenta esa conformidad desesperada?

Por supuesto, estas preguntas van en dirección opuesta a lo que la mayoría de los estadounidenses dicen pensar. Según una encuesta reciente del Pew Research Center, casi el 85 por ciento de los estadounidenses creen que son muy felices o, por lo menos, felices. El mundo de la psicología bulle en la actualidad con una nueva disciplina, la psicología positiva, que se dedica a encontrar la forma de mejorar la felicidad por medio del placer, el compromiso y el sentido. Los psicólogos que practican esta terapia son los adalides de una nueva ciencia, la ciencia de la felicidad. Las grandes editoriales se han introducido en la industria de la autoayuda y publican miles de libros

sobre cómo ser feliz y las razones de que lo seamos. Las revistas de autoayuda llenan las estanterías con planes paso a paso para conseguir la satisfacción en este mundo. Por todas partes veo anuncios que ofrecen más felicidad todavía, felicidad por tierra o por mar, felicidad en coche o en nave espacial. Y como ya he mencionado, los médicos ponen a nuestra disposición una inmensa oferta de medicamentos que podrían erradicar la depresión para siempre. Al parecer, estamos más que nunca en la edad de la satisfacción y el regocijo casi perfectos, en un mundo feliz de perdurable buena suerte, de placer sin conflicto, de felicidad sin contrapartidas.

Por supuesto, tanta felicidad no puede ser real. ¿Cómo puede haber tanta gente feliz con la enorme cantidad de problemas que acucian a nuestro planeta, no sólo los males colectivos y apocalípticos que acabo de mencionar, sino también aquellas irritaciones particulares que atormentan nuestra existencia cotidiana, aquellos temas de dinero y riñas conyugales, aquellas asfixiantes vocaciones y atardeceres solitarios? ¿Cómo vamos a creer que cuatro de cada cinco estadounidenses son felices en medio de tan generalizada aflicción? ¿Mienten o, sencillamente, temen ser francos en una cultura en la que éxito y dicha van de la mano? El estudio estadístico mencionado, ¿no tendría que hacernos sospechar? ¿Nadie teme que ese rabioso centrarse en la exuberancia nos conduzca a una vida a medias, a una existencia anodina, a páramos de conductas mecanicistas?

Por mi parte, temo que el excesivo hincapié que la cultura estadounidense hace en la felicidad a costa

de la tristeza sea peligroso, un olvido disparatado de una parte esencial de una vida plena. Pero, por precisar más, lo que me preocupa es la siguiente posibilidad: desear sólo la felicidad en un mundo indudablemente trágico es dejar de ser auténtico, apostar por abstracciones irreales que prescinden de la realidad concreta. En definitiva, me aterran los esfuerzos de nuestra sociedad por expulsar a la melancolía del sistema. Sin las agitaciones del alma, ¿no se vendrán abajo todas nuestras torres de magníficos anhelos? ¿No cesarán las sinfonías de nuestros corazones rotos?

Quiero llegar al fondo de esos miedos, comprobar si son legítimos o tan sólo lamentos de neurótico. Ahora mismo tengo la sensación de que responden a algo verdadero. Es una sensación que surge de mi sospecha de que la forma de felicidad que predomina en Estados Unidos engendra blandura e insulsez. Es un tipo de felicidad que fomenta una desconsideración medrosa por el valor de la tristeza. Además, ese tipo de felicidad, de presunta felicidad, parece alimentar una ignorancia pertinaz de la perdurable polaridad vital entre la agonía y el éxtasis, entre el abatimiento y la efervescencia. En el fondo, al querer olvidar la tristeza y el lugar integral que ocupa en el gran ritmo del cosmos, ese tipo de felicidad insinúa que la melancolía y el pesar son estados aberrantes que deberían maldecirse por débiles y carentes de voluntad y desterrarse con la ayuda de una pildorita de color rosa.

Permítanme explicarme. Ahora mismo sólo estoy pensando en ese tipo de felicidad tan específicamente norteamericano. No cuestiono la felicidad en ge-

neral. No pongo en tela de juicio, por ejemplo, esa dicha insoportable que estalla de pronto tras un sufrimiento prolongado. No me inquieta esa serenidad ganada a pulso que surge de una larga meditación sobre las desdichas del mundo. No critico esa ventura dilatada en el tiempo que proviene de una vida dedicada a ayudar a quienes sufren.

También me gustaría dejar claro lo siguiente: no quiero investir de romanticismo la depresión clínica. Me doy cuenta de que hay muchas almas perdidas que requieren medicación para no matarse o para no hacer daño a sus seres queridos. No pretendo cuestionar las terapias con fármacos para las depresiones graves. No sólo carezco de formación para hacerlo (no soy un psicoterapeuta, no voy por ahí recogiendo pruebas, sino sólo un humanista de la literatura en busca de una vida más profunda); es que, además, no quiero esgrimir aquí ningún argumento contra la medicación, que, sencillamente, hace la vida más fácil a tantas personas que padecen desórdenes bioquímicos.

Sí me pregunto, sin embargo, por qué tantas otras personas que caen en la melancolía toman píldoras fabricadas única y exclusivamente para que alivien el dolor y conviertan una vez más un entrecejo fruncido en un rostro sonriente. Por supuesto, una línea muy delgada separa lo que yo llamo melancolía de lo que la sociedad llama depresión. Para mí, lo que separa a las dos es el grado de actividad. Ambas son formas de tristeza más o menos crónica que conduce a una incomodidad duradera con el estado de las cosas, sentimientos persistentes de que, tal y como está, el mundo no está bien y es un lugar donde anidan el sufrimiento,

la estupidez y el mal. Frente a esa incomodidad, la depresión (al menos tal y como yo la veo) causa apatía, un letargo que se aproxima a la parálisis absoluta, una incapacidad para sentir gran cosa a propósito de nada en un sentido o en otro. Por el contrario, la melancolía (en mi opinión) genera en relación con la misma ansiedad un sentimiento hondo, una turbulencia en el corazón que desemboca en un cuestionamiento activo del presente, en un deseo perpetuo por crear nuevas formas de ser y de ver.

Nuestra cultura parece confundir las dos y, por tanto, trata la melancolía como un estado aberrante, como una amenaza infame para nuestra idea generalizada de felicidad, de la felicidad como gratificación inmediata, de la felicidad como confort superficial, de la felicidad como satisfacción estática. Por supuesto, enseguida surge la pregunta: ¿quién no cuestionaría esta forma aparentemente hueca de felicidad norteamericana? En mitad de la noche, en esa hora en que nos sinceramos, ¿no estamos todos en contra de esa felicidad sin contenido? Muy probablemente, pero ¿no es posible que muchos de nosotros caigamos en la superficialidad sin darnos cuenta? ¿No estamos algunos tan embelesados por el sueño americano con que nos han lavado el cerebro y hemos acabado por creer que nuestro único propósito en la tierra es ser felices? ¿No nos conduce esa afección involuntaria por la felicidad en detrimento de la tristeza a una vida sesgada, a la dicha sin turbación, al brillante mediodía sin la noche oscura?

Sospecho que a la mayoría de nosotros nos han embaucado con esa ansia tan norteamericana por la

felicidad. Podríamos pensar que llevamos una existencia verdaderamente sincera, sensible a la realidad viva y a los sanguíneos corazones, cuando, en realidad, nos portamos de forma tan predecible y artificial como un robot y caemos con facilidad en el camino trillado de la conducta «feliz», en las convenciones del contento, en la sonrisa obvia. Engañados, nos perdemos el gran intercambio del viviente cosmos, su penumbra luminosa, su belleza terrible.

El sueño americano puede ser una pesadilla. Lo que pasa por dicha bien podría ser una distopía de sonrisas flácidas. Nuestra pasión por la felicidad es el indicio de un odio nefasto por todo lo que crece, vive y muere: por los curiosos zorzales, que palpitan en la indolencia pardusca del otoño, por las dalias azules, que parecen ahuecadas por la pena, por todas esas almas sombrías, que desean nubes sobre altos ventanales. Yo odiaría que nos despertásemos una mañana y nos arrepintiésemos de lo que hemos hecho en el nombre de la dicha despreocupada. Odiaría que bajásemos a rastras de la cama y saliéramos a un país despojado de magníficas carreteras solitarias y grandes hoteles desolados, de genios medio locos y frenéticos poemas. Odiaría que cobrásemos conciencia cuando sea demasiado tarde para vivir.